

---

# LA PASION EN TACUBAYA (1840)

Guillermo Prieto

**P**asé la Semana Santa en Tacubaya, pueblo en que a pesar *de los avances de la impiedad*, se conservaba la tradición y las prácticas de los rancieros y verdaderos cristianos.

Desde los primeros días de la Cuaresma el agudo sonido de un pito y el redoble de un tambor convocaban por todos los ángulos del pueblo a los sayones, fariseos, nazarenos, Judas y demás actores que debían representar el drama del Calvario.

En una casa apartada del pueblo verificábanse las juntas de carpinteros, herberos, carretoneros de los molinos, campesinos y gente fervorosa y beata para las fiestas cristianas. En estas juntas, aunque invisible, estaba competentemente representado el señor cura, sobre todo para la cuestión financiera.

Renovábase el programa de las funciones en la primera junta:

Domingo de Ramos: Cantores y palmas.

Miércoles: Prendimiento y aposentillo.

Jueves: Lavatorio y monumentos.

Viernes: Tres horas, Tres Caídas, Encuentro, Procesión de Pésame, Sermón de ídem.

Sábado: Gloria, Judas, etc.

Seguíase a esta tumultuosa junta la distribución de papeles, entre risas, reyeratas y gritos atizados con sendos tecomates de tlachique espumoso.

95

---

Los papeles principales eran:

Nuestro Padre Jesús: El Centurión que pronunciaba la sentencia: San Dimas y el mal Ladrón: Judas: La Virgen: La Magdalena: Espías: Sayones: Trompeteros: Flautas, etc, velas, etc. Las discusiones sobre cada una de las candidaturas eran escandalosísimas, anunciando victorias y derrotas semblantes alegres o iracundos, exclamaciones estrepitosas, lluvia de puñetes y picardías: todo con muy cristianos fines. Elegidos los actores y hechos los nombramientos, cada personaje principal con su séquito, se entregaba al desempeño de su papel.

Vestían en carácter a Nuestro Padre Jesús para que llevasen preso a una casa particular, donde se preparaba con tiempo altar, aguas lojas, rezos, etc.

El Centurión convocaba a sus soldados, preparábales equipo y armas y se dirigía a un tinterillo desalmado que le hiciera la sentencia, libelo incendiario en que campeaban blasfemias de todo género y dislates capaces de escandalizar al mismo Satanás.

Procurábase calzoñes verdes, como de baño, de raso para san Dimas y el mal Ladrón y hacíase una leva rigurosa de beatas, viejas, niñas entumidas y gazmoñas, etc., etc., para la famosa procesión del duelo.

Por su parte, el cura con unos monaguillos y sendas charolas, hacían colectas de pingües limosnas para los gastos de Semana Santa, y excitaba a las devotas para que llevaran piano y tocasen en la iglesia, comprometiéndolas para el envío de pebeteros, macetas con flores, sembrados de trigo, chíá, lenteja y alegría, y jaulas con pájaros cantores, que exhalaran sus trinos entre el ramaje; las velas encendidas, las naranjas con oro volador y las flotantes bandillas que caían de la bóveda, engalanando el monumento.

El lunes, y martes santo, unos embozados con determinadas precauciones, se acercaban al templo, y a una señal convenida sacaban a excusas, y como con disfraz, a nuestro Padre Jesús, que es una imagen colosal, de goznes y de rostro bellísimo.

Esperando aquí, corriendo acullá, avanzando, y como temerosos de un asalto, llegaban los de la comitiva a la casa de la ocultación, donde se recibía a Su Majestad con música y festejos . . . llevándose a la vez con menos miramientos, y como valedor del mismo pelo; a Simón Cirineo, a una casa particular donde se le vestía de calzón corto, casquín y gorrilla con pluma airosísima. Por supuesto, que el vestido y la gorra eran verdes como lechugas.

El Nazareno tiene en el escondite culto reverente, devotos asiduos, quienes le agasajan con letanías, cohetes, incienso y flores, recibiendo en compensación sendas jícaras de chíá y horchata. Además del culto, Nuestro Señor tenía una guardia constante para evitar un asalto de los judíos; pero llega el miércoles, gente sospechosa aparece en las inmediaciones de la morada de Jesús, sus defensores se aprestan al combate, la gente se agrupa, y al fin aparece Judas con su farolito y su silbato. Dáse la señal; principia el asalto a la casa. Los amigos de Jesús resistentes, la lid se empeña, llueven los palos, enfervorízanse los cristianos y hay una zambra de los demonios.

Al fin, sale el Cristo para la iglesia, donde está la prisión, y velan los judíos en la iglesia, profanándola hasta donde les es posible, como buenos judíos. Por su-

---

puesto, que el *Aposentillo* era motivo de rezos y fervorosas demostraciones de devoción.

Las tinieblas, con toda su pompa imponente, eran poco concurridas, y se reservaban las ostentaciones piadosas. El lujo y el bateo eran para el Jueves Santo, que la ruidosa matraca, al salir la luz, despertaba brios religiosos y mundanos, con todo fervor.

Concluidas las ceremonias, en un rincón apartado de la iglesia quedábase el piano suspirando sentidas armonías mientras la servidumbre de la iglesia disponía sembrados y flores, pájaros, candiles, velas y pebeteros para el Monumento.

Las calles, entre tanto, se llenaban de gente, toda vestida de nuevo, distinguiéndose las amas de las haciendas por sus sayas y mantillas; las familias de dependientes por sus túnicos lujosos, las de los peones por las enaguas rumbosas; y los hombres por sus calzoneras de botonadura de plata, sus toquillas de oro y de plata y sus mangas dragoneadas de terciopelo y de oro.

Los peones, los indios, los muchachos medios desnudos y los perros eran como las sombras de ese cuadro de vivísimos colores, kaleidoscopio viviente y ruidoso que aturdía y embriagaba. Cruzaban este mar, en que a distancia se veían frescos y verdes puestos de chía y figones de olorosos guisos, toda clase de vendimias que se voceaban en todos los tonos. ¡*A dos rosquillas y un mamón! ¡Un pan de alegría una cuartillita!*, distinguiéndose en esto, palos con matracas de todas hechuras y racimos de judas con la mecha terciada sobre el pecho y una estupeña bomba en el cuadril.

Entre una y dos de la tarde se verificaba el “Lavatorio” o recuerdo de la última Cena.

Elegíanse doce pobres de solemnidad; se les sentaba en una mesa en el presbiterio, y los sacerdotes les lavaban los pies, dándoles después limosnas. Los apóstoles se iban a celebrar su dicha, generalmente, con una zorra de primer orden.

El programa para el Viernes Santo era altamente seductor. Rezos del Vía Crucis, dentro y fuera de la iglesia, en grupos, dominados por un oficiante que se trasladaba con su cauda inmensa de gente, de uno a otro punto.

La Asomada al balcón, las Trece Caídas, el Encuentro, la Gran Procesión, el Descendimiento, el Pésame, la procesión de la Soledad. Cruzaban el pueblo en todas direcciones judíos a caballo y judíos infantes, dando alaridos. Cada paso de la Pasión contaba con su sermón tremebundo para los que eran invitados frailes de renombre, que supieran ponerse a la altura de la situación.

En el sermón de Sentencia era indispensable que el Centurión fuera de voz robusta, buen jinete y que montara un soberbio cuaco, diestro en arremeter, pararse de manos y respingar furioso cuando el caso lo requiriera.

Proclamábase la sentencia, corriendo el Centurión de un lado a otro, desafiado, y entre los atropellos y tumultos y retozos de la gente. La sentencia era generalmente obra maestra de un fraile, en colaboración del Centurión.

“Esta es la sentencia que manda hacer el Rey Poncio Pilato contra Jesucristo, Rey de los Judíos, por felónico, por escandaloso, por jurción de lo ajeno, por de altiro malo y sin conciencia”, etc., etc., hasta llegar a *desvergüenzas de arte mayor*, que no me es dado estampar en el papel. El padre del sermón estaba en el

---

púlpito y empeñaba diálogo; los ánimos se irritaban; el caballo del Centurión se alzaba de manos, y entre lloros, golpes de pecho, empellones, cantos de vendimias y riñas tremendas, se entregaba la sentencia, que el padre rompía, estrujaba y regaba por el suelo, en medio del aplauso universal.

En la gran procesión de Tres Caídas, la imagen de nuestro Padre Jesús estaba sobre soberbias andas, que lo soportaban con la cruz a cuestas, y Simón Cirineo de apéndice, quien sin saber cuándo ni cómo, había recobrado su puesto.

En la procesión de las Tres Caídas salían a relucir San Dimas y el mal Ladrón, caminando con grandes cabelleras que les cubrían totalmente el rostro, y las espaldas desnudas al sol reverberante, durando este martirio dos y tres horas.

El sábado, los judíos se paseaban acobardados e inquietos alrededor del templo y en medio de la gente ansiosa . . . De repente se enciende la gran llama del cirio Pascual; rásganse los velos de los altares; resuenan el órgano y los cánticos de gloria; retumban las cámaras o cañones; repican las campanas; truenan los judas entre ruidos de curiosos que se disputan, revolcándose, los panes, dulces, chorizos, etc., que arrojan los judas; corren despavoridos los perros; arman gresca los muchachos; los sayones, corren, despechados, a las afueras del pueblo entre silbidos, y a las puertas de las pulquerías y vinaterías, y en las esquinas, se dan sendas golpizas cristianos y judíos, de puro gusto al ver que ha resucitado el Salvador del mundo.

*(De "Memorias de mis tiempos",  
tomo II, capítulo 1)*